

¿Para qué nos sirve hoy estudiar la arquitectura vernácula?

FERNANDO SABATÉ BEL

Me solicitan una breve aportación para la parte final de este trabajo. Aprovecho con gusto la oportunidad brindada para reflexionar, desde el presente, sobre la utilidad actual de una cuestión como la que investiga este trabajo: la arquitectura vernácula del pasado. Como habrá comprobado la persona lectora, tiene en sus manos una monografía espléndida, minuciosa, excelente, que desvela una parte de la memoria pretérita: la que tiene que ver con la forma en que las personas resolvieron en Canarias la necesidad de disponer de un hábitat aceptable y digno; la manera en que transformaron y adaptaron el medio para atender las necesidades humanas, consiguiendo que esa adaptación resultara perdurable a largo plazo; el modo en que llevaron a cabo la construcción social e histórica, en definitiva, del territorio y el paisaje, que tiene en la arquitectura una de sus piezas más destacadas (aunque no la única).

Siendo así las cosas, la pregunta que formulo es: ¿para qué nos sirve hoy la arquitectura popular tradicional, la arquitectura vernácula? ¿Tiene algo útil que aportarnos, más allá de la mera curiosidad intelectual (o alguna otra finalidad más o menos complementaria) en relación con nuestros dramas económicos y sociales actuales, nuestras deliberaciones y debates colectivos? ¿Tiene algo que ver con los sueños y anhelos propios de un presente atenuado por los problemas locales y globales de la sociedad contemporánea?

Pero antes de responder a esa pregunta, me permito recordar

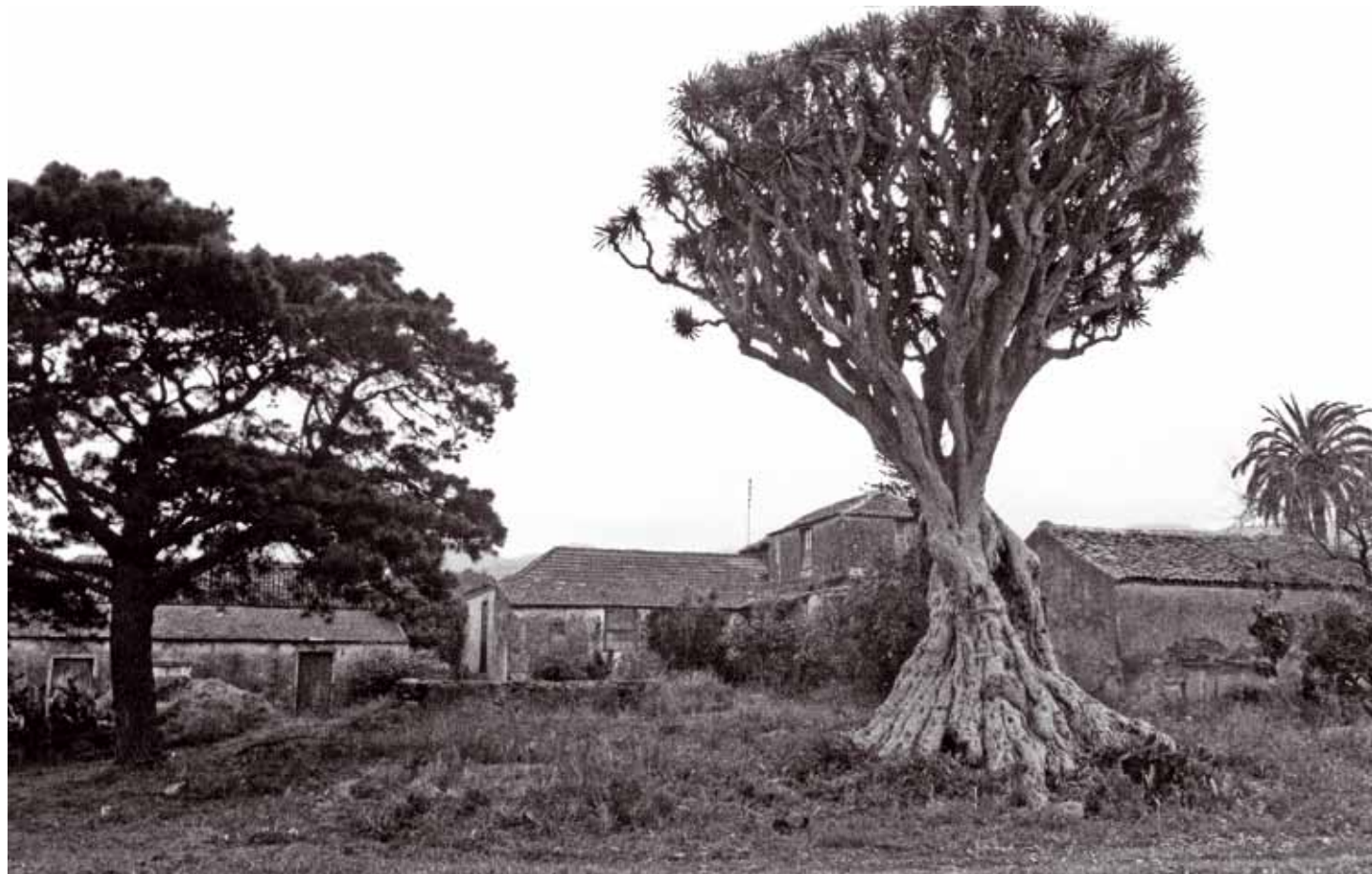
que hay otra respuesta automática y frecuente frente a una arquitectura ya desaparecida o en trance de desaparición, pero que evoca un mundo todavía reciente; tanto que parece como si aún pudiéramos acariciarlo con la yema de los dedos. Esta respuesta es la nostalgia. Quisiera dedicar unas líneas a reflexionar sobre este particular.

La nostalgia constituye, con seguridad, un sentimiento humano elemental: cuando sufrimos una pérdida dolorosa, material o personal, necesitamos un lapso temporal para acomodarnos a la nueva situación. Éste es el fundamento de la institución del luto, que existe en muchas culturas, y que no significa sólo que las

personas dolientes vistan —o no— un determinado color, o que practiquen unos rituales u otros, sino sobre todo que dispongan de un espacio y un tiempo de distanciamiento y adaptación, en parte solas y en parte arropadas por los seres queridos y asistidas por la comunidad. También advierte la experiencia (y corrobora la investigación psicológica) que la pérdida hay que superarla, no instalarse en ella de forma permanente. Mantenerse instalado en la nostalgia constituye un grave error que paraliza la creatividad y el potencial humano. La nostalgia hay que vivirla sin elusiones, para luego trascenderla.

Sin embargo, desde el respeto (y la indignación compartida) por la pérdida del patrimonio edificado vernáculo quisiera compartir otra respuesta. Ésta es que la arquitectura vernácula contiene en potencia muchas claves para *imaginar, recrear y desarrollar* alternativas a los problemas





contemporáneos de la gestión del territorio, incluyendo dentro de él a las personas que lo habitamos. Alternativas que no se deben verificar de forma aislada, sino en estrecha relación unas con otras, y con el conjunto de los problemas sociales, económicos, culturales y éticos que hoy (y quizás siempre) enfrentamos.

Trataré de detallar esta idea general a través de siete puntos de vista o miradas particulares, que se complementan entre sí.

1. La arquitectura vernácula hizo siempre un uso conservacionista adecuado de los recursos territoriales. Ocupó con sus construcciones y edificaciones los suelos menos fértiles, más duros y pedregosos, casi siempre incapaces de engendrar —de una forma u otra— alimentos u otros medios básicos para la reproducción social de la comunidad. Nunca hubiera tolerado la sociedad popular tradicional que se levantara una casa, una bodega, un pajero, un almacén, un establo, un aprisco o un simple goro de cochinos encima de alguna tierra de calidad cuanto menos aceptable, encima de la madre tierra, la cual había demostrado ser capaz de nutrir a lo largo del tiempo a esa comunidad humana que la trabajaba con sus manos y con su cerebro. En general, no existían ni hicieron falta normativas institucionales de planificación del territorio, ni sistemas de policía urbanística organizados desde el aparato estatal: la simple vergüenza frente a la crítica colectiva impedía maltratar a la madre. Aún más: es casi seguro que una posibilidad tal ni siquiera figuraba entre las opciones imaginables, puesto que desbordaba con creces los límites del sentido común compartido entre todas las personas. Algo semejante se podría decir de las demás ideas que sigo exponiendo.



Página izquierda: Arriba: Los Perales, Tacoronte. Abajo: La Atalaya, Santa Brígida. En esta página: Arriba: El Realejo Alto en 1931. Abajo: Izquierda: Vega de río Palmas, Betancuria. Derecha: Masca, Buenavista,

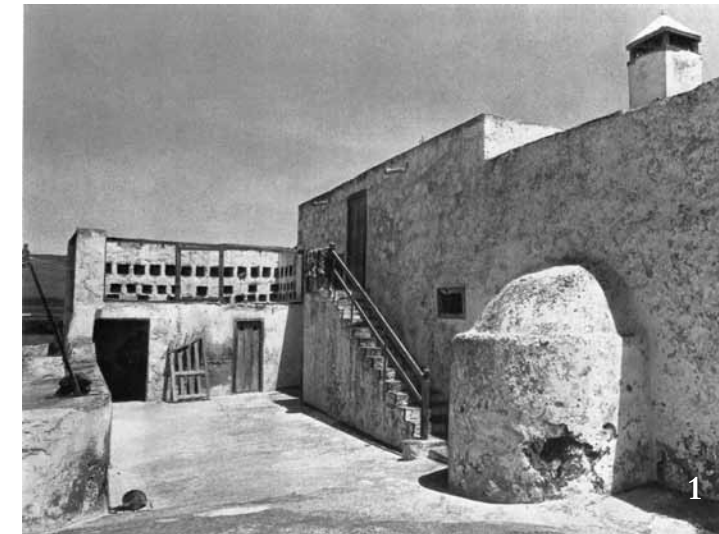
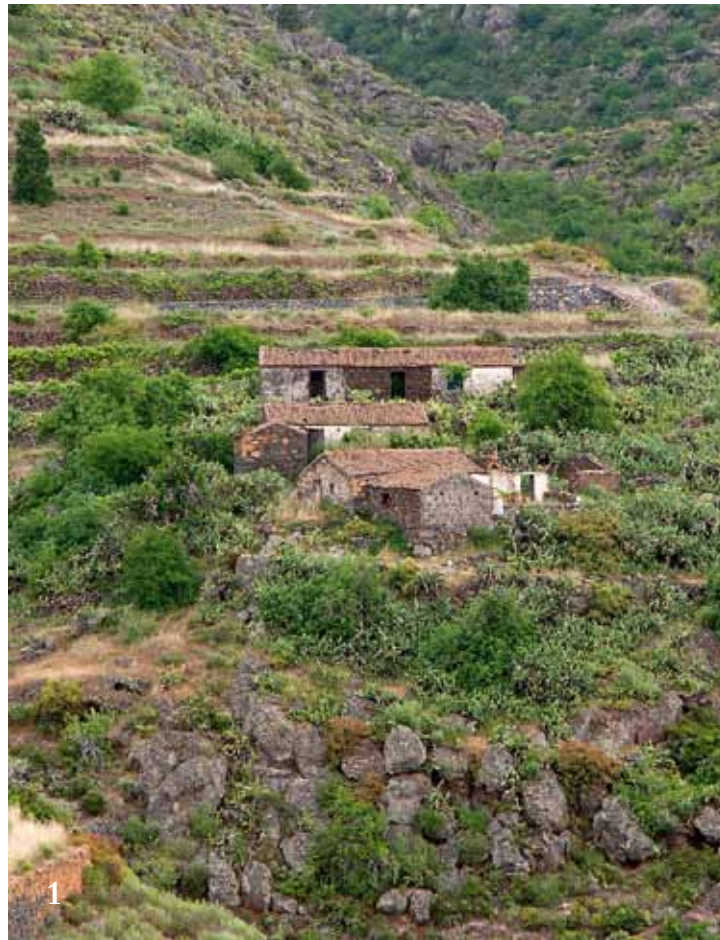
2. La arquitectura vernácula evitó con sobrado acierto y experiencia acumulada los riesgos naturales previsibles. En sentido figurado viene a ser como el “negativo” de la imagen dibujada en el punto anterior: por la forma en que ubicaba sus artificios sobre suelos firmes y seguros, alejados de laderas con dinámica de vertientes, fuera por supuesto de los cauces de barranco activos (o con potencial de serlo en caso de lluvias torrenciales), distante de las mayores manifestaciones de la fuerza de las mareas, etc.

3. La arquitectura vernácula utilizó materiales **locales** y sobradamente abundantes en cada ámbito **local** o comarcal. Esto conecta directamente con la espléndida diversidad del medio natural del archipiélago, con la que fue coevolucionando desde la llegada de los primeros seres humanos a él. De esa coevolución entre los seres humanos y el resto de la naturaleza surge lo que algunas investigaciones denominan, con carácter universal, *diversidad biológico-cultural*. En Canarias se puede ilustrar con múltiples ejemplos. Por citar sólo dos que expresan sendos extremos de una amplia horquilla de casos: desde las cubiertas de tablas de madera del norte de La Palma (vinculadas a un ambiente subhúmedo donde la madera es accesible y copiosa), al sistema de techumbres con torta cruda de barro y paja que fue habitual en las dos islas más orientales (en las que sobraban arcillas en el fondo de ciertos valles y se obtenían cosechas suficientes de cereal de secano en los años menos duros, escaseando en cambio la leña

para cocer tejas); evidencias, por tanto, de adaptación inteligente a materiales muy abundantes en medios contrapuestos.

Frente a un futuro incierto marcado por la escasez y costes crecientes de las energías de origen fósil, con todo lo que conlleva, reaprender a utilizar lo que abunda y está cerca puede constituir una gran lección.

4. La arquitectura vernácula lleva plenamente incorporadas pautas que caracterizan a lo que hoy denominamos, por ejemplo, arquitectura *bioclimática*. Con medios simples, locales y que tenían que ver sobre todo con el propio diseño previo, resolvía y alcanzaba niveles más que aceptables de confort microclimático. Esto era posible por la generalización, entre otros medios, de paredes gruesas (debido a una imposición técnica de la propia forma de aparejar piedra y barro, pero de la que finalmente resulta un aislante térmico excelente); la orientación de los huecos y del conjunto edificatorio frente a los vientos dominantes, sobre todo en las comarcas más azotadas por la brisa; la utilización de elementos vegetales —por ejemplo, parrales sobre el patio o la fachada de poniente— para aportar sombra (y fruta) en verano, al tiempo que dejan irrumpir a los rayos solares en invierno; o la espléndida combinación y optimización de ventajas que se obtienen excavando la vivienda cuando el sustrato lo facilita: las del hábitat en cuevas aporta estabilidad térmica a lo largo de las estaciones extremas, abrigo absoluto del viento (y silencio consiguiente),



Página izquierda; 1: Las Fuentes, Guía de Isora. 2: Casa con cubierta de torta de en Fuerteventura. 3: Casa con cubierta de tablas en el norte de La Palma. 4: Casa con parral en los altos de Icod. 5: Ayuda mutua, trabajo colaborativo, plantando papas en los altos de Los Realejos. 6: Molino de agua abandonado en el barranco de Tirajana, Santa Lucía. En esta página: 1: Patio en Mozaga. 2: Molinos de viento en Fuerteventura. 3: Patio con galería y aljibe en Tegüise.

economía de recursos territoriales, permite disponer para otro uso de los materiales extraídos (jables, cantos...). En definitiva, y de forma quizás más completa que en la definición inicial, la arquitectura vernácula interpreta y practica un uso muy eficiente del conjunto de los recursos y factores territoriales.

5. La arquitectura vernácula se construye poco a poco, de manera orgánica; y de ese modo construye, también y a la vez, espacios que se desempeñan en conjunto como herramientas multifuncionales; que resuelven a menudo y de manera simultánea distintas necesidades humanas: una cubierta confiere cobijo a una vivienda, pero al mismo tiempo sirve para recoger agua de lluvia y conservarla en un aljibe; un camino hace lo propio y dispone de un rebosadero que cuando llueve riega unos árboles frutales; un patio es espacio de trabajo, pero también de reunión y sociabilidad; un conjunto de tiestos confiere belleza plástica pero también olfativa, y surte de especies aromáticas y medicinales la despensa familiar; una pared de piedra vista

convenientemente orientada es también secadero que deshidrata los excedentes de determinadas cosechas para que perduren algo más en el tiempo.

6. La arquitectura vernácula expresa bien, a quien alcance a interpretarla, el modelo social que la sustentaba. Es resultado, por una parte, de una sociedad fuertemente segregada y dual (en eso no hemos cambiado tanto), como ponen de manifiesto las quintas, casonas y haciendas rurales más notables. Pero también, en el caso de las arquitecturas de matriz más popular, que son siempre las mayoritarias, ponen de manifiesto —si aprendemos a desentrañar su génesis, su lógica, su historia interna— la existencia en un pasado no remoto de un modelo de sociedad profundamente convivencial y comunitario; basado en la ayuda mutua, en el trabajo colaborativo, en la reciprocidad. Sin que eso suponga idealizar a una sociedad formada por personas, como las actuales, complejas e imperfectas, y atravesada por contradicciones sociales dramáticas, lo cierto es que se pueden aportar cientos



La belleza y armonía de la arquitectura vernácula y su adaptación al paisaje. 1: Valle de Santa Inés. 2: La Geria. 3: Las Breñas. 4: Valle de La Orotava.

de ejemplos que testimonian que la anterior caracterización de aquellas comunidades populares resulta veraz. Y ese modelo social basado en la importancia que tenía la comunidad local tiene mucho que aportar para que imaginemos hoy de forma creativa alternativas a nuestra sociedad crecientemente atomizada e individualista; alternativas a este otro modelo social vigente, surgido de la asunción del credo fundamentalista que se ha dado en llamar neoliberalismo, que en el extremo provoca un desierto social donde nadie parece conocer a nadie.

7. Por último: el esfuerzo de generaciones anteriores por humanizar el territorio a través, entre otros medios, de la arquitectura vernácula, obtiene un resultado *estético* que muchas personas coincidimos en considerar armonioso y admirable. Pero ese resultado estético lleva incorporado y es inseparable a la vez —por las razones que se acaban de exponer (y también alguna otra)— de un proyecto *ético*, depositario de valores que podemos considerar positivos y merecedores de perdurabilidad.

El sentido estético, es decir, lo que hace que de forma intuitiva una mayoría de personas consideremos algo bueno, correcto o armonioso, casi siempre coincide en la práctica con lo que es bueno, correcto y armonioso para la reproducción social a largo plazo: el empleo de materiales propios del lugar, el levantamiento de construcciones y artificios que por su buen acabado pueden durar mucho tiempo, la construcción de paisajes rurales bien adaptados a las condiciones ambientales. A menudo, valor

estético, funcionalidad práctica y sentido ético no son, en el interior de una cultura vernácula, cosas diferentes: *son la misma cosa*. Comparto el criterio de Edward Goldsmith, uno de los pensadores ecologistas más radicales y reflexivos, cuando afirma que la intuición estética es también un medio esencial para aprehender y comprender la relación con el mundo circundante, así como para establecer vínculos emocionales con aquello que es importante¹. De este modo, las cosas bellas tienden a ser, también, social y ecológicamente deseables.

Quisiera terminar relacionando las reflexiones anteriores, y en particular esta última consideración sobre la ética, con el trabajo que viene desplegando en estos años el proyecto editorial de *Rincones del Atlántico*. La identificación de los medios y las personas más capaces para desarrollar cada tarea; el trabajo colaborativo, pero a la vez artesano, “*al golpito*”, huyendo de las prisas (que como reza el tópico son malas aconsejadoras); la preocupación exquisita por los detalles; el compromiso en no cejar hasta encontrar la imagen precisa, el texto de encabezamiento adecuado, la fotografía cuya existencia se intuye pero que no es fácil de obtener; la consecución final de un resultado que es una joya estética y, a la vez, un tesoro ético. En definitiva, la inteligencia aplicada a un fin bueno. □

¹ GOLDSMITH, Edward. *El Tao de la ecología: una visión ecológica del mundo*. Barcelona: Icaria, 1999.

Epílogo, ma non troppo

FAUSTINO GARCÍA MÁRQUEZ

*He's a real Nowhere Man,
Sitting in his Nowhere Land,
Making all his nowhere plans for nobody.*
John Lennon, Paul McCartney, 1966

I. TRANSFORMACIÓN

Las dos manifestaciones culturales canarias más extendidas e identificadoras, la arquitectura popular rural y nuestra forma de hablar el español, son más criollas que mestizas. Los elementos aborígenes no son abundantes ni en nuestra arquitectura ni en nuestra lengua. Nos quedan las cuevas, usadas y habitadas una y otra vez hasta hoy, nos quedan los caminos, los caserones, las chozas y los goros aún reconocibles, como en la lengua nos quedan nombres de sitios, plantas, animales, alimentos y construcciones. El resto de las arquitecturas y de las palabras vinieron de fuera, pero se quedaron aquí aisladas, como nosotros, y con el transcurso enclaustrado del tiempo adquirieron su propio carácter, se definieron como canarias y nos definieron también diferencialmente a nosotros. Porque el hecho de que sean más criollas que mestizas no las hace menos nuestras, menos definidoras de nuestra identidad, sino todo lo contrario.

Lo que convierte a esta arquitectura y a esta forma de hablar en parte esencial de nuestro patrimonio cultural es su profundo contacto con el medio, su hondo y secular enraizamiento en una realidad física y social diferente y lejana. Pero hay entre ellas una diferencia nada sutil: mientras la lengua sigue viva, evolucionando en un entorno social y mediático cada vez más complejo, la arquitectura popular rural ha muerto. Y casi de la misma forma en que murieron la arquitectura y la lengua aborigen: violentamente.

En Canarias se han producido dos transformaciones brutales de la sociedad, la economía y, consecuentemente, de la arquitectura rural preexistente. En el siglo XV fue la conquista europea, y en el XX la conversión en una sociedad de servicios. Han sido dos procesos radicales, diferenciados solo por la violencia física y social del primero y la violencia económica y social del segundo. Es evidente

que la brutalidad de la conquista y colonización no es comparable con el impacto del proceso de terciarización de la economía, pero sí lo son sus efectos sobre la arquitectura preexistente en el medio rural canario.

Arquitectura conquistada

La sociedad aborigen fue destruida con contundencia, no solo mediante la guerra, la esclavitud y la deportación, sino, fundamentalmente, por la impuesta y asumida renuncia a la cultura y al sistema de valores y relaciones preexistente. A la dependencia y la pérdida del patrimonio económico hubo que sumar la más dura de las penas, la aculturación, el abandono de los nombres de las cosas, de la forma de las casas, de las técnicas de cultivo, de los referentes sociales, del mundo mágico. Fue la única forma de supervivencia posible, al punto de que apenas un siglo después de la conquista de las islas realengas, ni uno solo de los “*guanches viejos*” pudiese o quisiese dar razón a fray Alonso de Espinosa de las costumbres



En medio de Amurga, torretas antiguas, eternas, nos traen recuerdos que no son nuestros.